

lizar como políticos la federación que habían predicado como publicistas? No. Todos ellos están en la Asamblea ó en la prensa francesa; todos han dicho que el exceso de unidad daña á Francia; pero todos ellos comprenden que si locamente se empeñaran en sostener su República federal, matarían la República unitaria, y no sostienen aquello que juzgan imaginario é imposible en las presentes circunstancias. Hasta los mismos socialistas han renunciado á la realización de sus utopías, advertidos, aunque tarde, por los sucesos; aleccionados por una larga y dolorosa experiencia. Nadie diría que Luis Blanc está en la Asamblea de Versalles. El fogoso tribuno de 1848 ha puesto, como dicen los franceses en lenguaje familiar, mucha agua en su vino. Y este soñador no truena contra los explotadores del trabajador, no se indigna contra la tiranía del capital, no propone que se cree un ministerio del Progreso, para resolver inmediatamente las cuestiones sociales; se resigna á los expedientes largos de una Asamblea y se daría por satisfecho con el afianzamiento de la República, habiendo votado muchas veces á favor de Mr. Thiers, del representante de las clases medias, á quien tanto denostara en sus discursos y en sus libros. Y lo que digo de Luis Blanc, digo también de Tolain. Es un trabajador y ha difundido las ideas apocalípticas de su clase. El Imperio le persiguió como á una fiera; y él atacó al Imperio. En los congresos de la democracia, en esos Concilios de la libertad, ha levantado su voz protestando contra las injusticias sociales y extendiendo sus ideas hasta los confines de la utopía. Y ahora que está en la Asamblea de Francia, sostiene la propiedad individual, la República posible, separándose de aquellos que en la revolución última de París desacreditaron una y otra

causa. ¿Qué había de hacer, cuando Chaudey, el testamentario de Proudhon, el gran propagandista, el republicano íntegro, cae y muere á los tiros de los comuneros en las calles de París, que había ilustrado con su palabra, y había contribuido á redimir con sus titánicos esfuerzos? La misma escuela radical, como hemos visto por los discursos de Gambetta, por los libros de Naquet, quiere reformas que caben dentro de la presente legalidad.

¿Y por qué sucede esto? Porque el partido republicano ha pasado ya de la época utópica, de la época heroica; y ha entrado en la época humana, en la época de la realidad. Y para esta época no há menester tanto de filósofos que piensen, de oradores que divulguen el pensamiento, de héroes que pugnen allá en los campos de batalla y en las calles de las grandes ciudades como de hombres prácticos, de estadistas experimentados, que estudiando la realidad y sus obstáculos, sepan modificar aquella con lentitud, vencer estos con tenacidad, y no den esos saltos mortales hácia adelante ó hácia atrás, que han sido causa primera de nuestra ruina y de nuestra deshonra durante largos años. Los conspiradores han tenido fé, constancia, heroísmo, sed de martirio; pero con todas estas brillantes calidades, han perdido cien veces la República y han retardado el único progreso seguro, el progreso pacífico. Y estamos muy escarmentados. Las páginas que van á seguir y en las cuales nos proponemos historiar la decadencia del último imperio francés y el advenimiento de la tercera República francesa, demostrarán mejor que todos cuantos argumentos pudieran aducirse, la necesidad que tenemos de una política templada, si hemos de impulsar el movimiento republicano en toda Europa.

CAPITULO XLVII.

DECADENCIA DEL ÚLTIMO IMPERIO.

Los años 1868 y 1869, son los años que señalan de una manera clara y definitiva la decadencia del Emperador. Cada uno de los pasos que dá, es verdadero tropiezo; cada una de las resoluciones que toma, verdadera ruina. No tiene intento que no se le malogre, ni proyecto que no aborte, ni amigos superiores que no mueran, ni amigos incapaces que no le pierdan, ni enemigo que no triunfe y prevalezca. Parece que un hado fatal le persigue, le acosa, le aleja de aquella gran fortuna que le sonriera con venenosa sonrisa en los primeros días de su Imperio.

Inmediatamente después de la guerra de Italia, todo era próspero á su alrededor, todo sonriente: Rusia vencida y humillada en sus propios mares; Inglaterra amiga y devota; el Austria destronada del alto s6lio que los reyes le habían erigido en el tratado de 1815, y destronada por el sable de un Bonaparte contra quien aquellos tratados se escribieron; Italia, si no satisfecha, reconocida al vencedor de Solferino y de Magenta; la Lombardía libre y emancipada; Saboya y Niza volviendo

por un plebiscito á engrandecer para el Emperador su Imperio y para los franceses su patria; Prusia, en apariencias amenazada, y en realidad soñando con la unidad de Alemania, pero soñándola en virtud de estrecha alianza con Francia; el Papa sostenido en su destrozado y vacilante trono por la mano del César, tan fuerte, que así podía encadenar como desencadenar las revoluciones, y despertar como adormecer á los pueblos, y herir como sostener á los reyes.

Pero bien pronto se notó su decadencia. La falta de cumplimiento al programa con que empezara la guerra y la sobra de ardides diplomáticos con que sustituyera el antiguo ardor guerrero denunciaron al mundo la debilidad verdaderamente incurable de aquel Emperador y de aquel Imperio. Los gobiernos personales se hallan condenados á la infalibilidad y á la omnipotencia. Si un día se engañan, si otro día tropiezan, mueren sin tardanza y sin remedio. Puesto que me pedís mis ahorros sin darme cuenta; y me arrancáis mis hijos sin tenerme compasión, le di-

cen los ciudadanos; y pensais por mí, y por mí hablais, y sois la pátria misma en alma y cuerpo, probadme que yo nada valgo, que yo nada importo, acertando vos, venciendo vos perpétuamente; y así comprendré que debais ser vos mi señor y yo vuestro esclavo.

Desde el punto y hora en que el Imperio se engañó una vez, no hubo medio de detener su decadencia. La Francia hasta entonces obediente, comenzó á ejercer y aguzar sus facultades de crítica; y la crítica de la nacion de Voltaire es mortal á todos los tiranos de la tierra. Cuando Francia se rie, los tronos tiemblan. Y Francia comenzó á reirse de aquel Imperio que la habia aterrado con la deportacion y los fusilamientos; que la habia sumergido y ahogado en mares de sangre. Napoleón tenia un hermano bastardo, el duque de Morny, que para indicar su origen, pintaba á la portezuela de su coche una flor de hortensia, atravesada por una barra de bastardía. Los poderosos del mundo atropellan por todo con tal de conseguir larga cosecha de honores y de riquezas. Pero este hombre mundano, dispendioso, veía con clara mirada todas las nubes que se iban amontonando sobre el Imperio, y en parte las disipaba y desvanecía con sus inspiraciones y sus consejos. Solamente, cuando el interés lo aguijoneaba y tenia necesidad de dinero, cooperaba en alguna loca-empresa á la conjuracion universal de los ánimos disgustados y á la ruina del Imperio decaído. Pero aparte de esto, su inteligencia clara y penetrante, su carácter flexible, sus maneras aristocráticas, el don de gentes con que atraía á los mismos á quienes despreciaba, eran poderosos auxiliares al Imperio. Él, y solamente él habia desconcertado la oposicion republicana del Cuerpo legislativo y atraído con halagos á uno de sus miembros más importantes, á Emilio Ollivier. Pero Morny murió de anemia. Su cuerpo estaba consumido y apagado como su alma; y su alma y su cuerpo parecían el alma y el cuer-

po del Imperio. La Emperatriz quiso verlo en su lecho mortuorio, y fué tan grande la emocion producida por la vista de aquel cadáver, que se desmayó de pena como si hubiera visto el cadáver de su propio Imperio. Y en efecto, desavenido de muchos de sus antiguos amigos, cercado por implacables adversarios, solo en las altas cimas de la sociedad donde falta el aire respirable; despojado por grandes desengaños, de aquella aureola socialista que habian ceñido á sus sienes algunos complacientes escritores para los cuales era Napoleón, como los Emperadores romanos, el César de la plebe; sin la victoria en los campos de batalla; sin el poder y la influencia en los consejos diplomáticos; veíasele sucumbir al peso de una grande impopularidad, entre las maldiciones de todos aquellos que pensaban con elevacion, y sentian con fervor, no ya en Francia, sino en Europa, en América, en toda la tierra.

Pero el hecho, que determina principalmente la decadencia del Imperio francés, sin duda alguna, es la victoria de Prusia en los campos de Sadowah. El año 1866 comenzaba en plena paz. No parecia que el horizonte político hubiera de empañarse. La guerra de los ducados acababa de consumarse en Alemania; y Prusia y Austria acababan de dividirse sus despojos. La posesion de Schleswig se contaba entre las grandes aspiraciones nacionales de la raza germánica por la magnífica posicion del puerto de Kiel y los peligros que habria en abandonarlo á extrañas y poderosas manos, siendo como es seguro de la integridad alemana y desaguadero de su riqueza y su comercio. Los daneses sufrieron la dura ley del más fuerte, y se encontraron vencidos, aunque no resignados á su derrota. El arreglo definitivo de esta cuestion debia ser asunto de conferencias diplomáticas; y estas conferencias engendran una nueva guerra continental que comenzó por transformar Alemania y concluyó por transformar Europa; que comenzó por un nuevo incidente

de la eterna rivalidad de Austria y Prusia para concluir en actos sucesivos por disminuir el Imperio austriaco, derribar el Imperio francés y el poder temporal del Papa, desmembrar á Francia, y coronar la unidad de Italia y de Alemania.

A pesar de las divisiones fragmentarias del territorio germánico; á pesar de sus régulos, sombras de los antiguos señores feudales; á pesar de sus grandes ciudades exentas, remedo de los antiguos municipios; con un Emperador que se asentaba aun bajo la sombra del desvanecido sacro Imperio; con un Papa que dirigia desde el sόlio de Roma, eterna enemiga de Germania, la conciencia de una parte considerable de los germanos; la obra de la unidad estaba perfecta en la conciencia, aunque no estuviera ni comenzada en el espacio. Las tentativas de 1848 habian abortado como todos los proyectos prematuros, como todas las ideas que se anticipan á su sazón oportuna. Pero las ciencias fisiológicas, estudiando los caracteres distintivos de las razas; y las ciencias filológicas comentando la palabra que Alemania llevaba en sus lábios; y las ciencias filosóficas en su apoteosis del espíritu nacional y en su conmemoracion de los destinos históricos reservados á este espíritu en el tiempo; y las artes y las letras, ciñendo su corona de inspiraciones á toda la nacion y elevándola al Thabor de sus grandes ideas; y la filosofía de la historia diciendo cuánto habia contribuido la idea germánica á la sávia de la idea universal, del espíritu humano, crearon esta nacionalidad superior, espiritual, cuajada en brillantes facetas, como un diamante, allá en el cielo de las ideas antes de bajar á estas esferas reales de la vida. Además la idea de la unidad tenia una institucion que, si bien disminuida y alterada, conservaba la generalidad del espíritu germánico. Y era la Dieta de Francfort, que, sin fuerzas, sin recursos, sin ejército ni presupuesto, juntaba en el haz de recuerdos comunes el espíritu y la vida general de la na-

cion. Quizá la Dieta hubiera podido hacer más, inspirada en otro espíritu que no fuera el espíritu gótico de la reaccion, y apoyada por otras potencias que no fueran las dos enemigas mortales, Austria y Prusia.

El Imperio austriaco, heredero del antiguo Imperio español; cabeza de la Santa Alianza; fomentador de la reaccion alemana; verdugo de Italia, representaba dentro de la Confederacion germánica las tradiciones más contrarias y los principios más opuestos á la libertad y al espíritu moderno. Prusia, por el contrario, engendada al calor del puro espíritu germánico; nacida cuando nació la libertad de conciencia; fortificada despues de la paz de Westphalia, triunfo de este humano principio; agrandada en ese crítico y filosófico siglo décimo-octavo que le dió realmente el cetro de su raza con la espada del gran Federico; protectora en parte de la emancipacion intelectual; sus ideas estaban unidas indisolublemente á los progresos del espíritu moderno, y su destino señalado por toda la historia en la lucha con el Imperio austriaco para apartarlo de la grande y luminosa Confederacion germánica que habian levantado en sus alas de luz purísima las almas de los poetas y los filósofos. Además, mientras Prusia estaba formada, exceptuando las provincias polacas, de puros alemanes; Austria estaba formada de algunos alemanes, y de húngaros, ruthenos, eslavos, bohemios, checos, polacos y otras razas, á cuyos destinos varios no podia asociarse el destino concreto y claro de una raza central de Europa. Y el poder de Austria habia disminuido mucho con sus derrotas en Italia. Expulsada de Lombardía, creyóse fácil tambien expulsarla de la Confederacion germánica. Y el rey de Prusia recogió esta idea lanzada al viento por aquella misma democracia que habia fusilado y perseguido por las ciudades de Alemania.

En poco tiempo, el eje de la política europea se trastornó; la Prusia se alzó con la direccion de Alemania; sus fronteras del Bálti-